

Gabriel WEISZ y Argentina RODRÍGUEZ, coords., *Ficciones de la otredad*. México, UNAM, FFL, 2011. (Serie: Seminarios)

Si enumerara algunos de los nombres que aparecen en los diversos capítulos de este libro, cierta perplejidad pudiera venir al rostro de quien me leyera. Si, digamos, pusiera a Petrarca junto a Baudelaire, si Swift se viera acompañado por Rilke y Woolf próxima a Donoso, la pregunta sería: ¿qué los une?, ocurriendo que no cabe decir “el ser escritores” porque se caería en la facilidad de lo obvio. Sin embargo, en este caso la respuesta no es difícil de encontrar, pues incluso el título del libro la revela: la otredad. Ahora bien, ¿qué entenderemos por otredad? Poco se arriesga contestando: todo aquello que no soy yo. Pero la lectura de este libro obliga a matizar una generalización así de amplía.

Son catorce los investigadores que participaron en la empresa. De ellos, once son autoras. En cuanto al campo de especialización, tres son historiadores y el resto trabaja la literatura. Me he detenido en éstas que pudieran tomarse como nimiedades porque apuntan a lo que es una de las intenciones del libro: asentar los muchos aspectos que puede adoptar la otredad y establecer la riqueza de ángulos de mira empleados. Si el libro abre con una comparación entre la imagen que de la mujer amada presentan Petrarca, Baudelaire y Rilke, cierra con un examen del papel que tienen brujas y curanderas en la novela *Memoria de los días* (1999), de Pedro Ángel Palou. El tránsito a partir de ese primer capítulo permite ir acumulando una información no sólo variada y útil, sino también vista en hondura.

Qué razón llevó a la constitución del libro es algo que éste no aclara. Habría sido pertinente conocerla; pertinente mas no indispensable, que las muchas propuestas incluidas en los diversos textos mantienen suficientemente ocupado al lector. Por ejemplo, en el capítulo dedicado a *Robinson Crusoe* se examina el empeño de Daniel Defoe porque se aceptaran como reales los hechos narrados en la novela. La isla donde ocurren los sucesos bien pudiera representar al imperio británico de entonces y el protagonista ser uno de los prototipos de hombre blanco que nos ha tocado conocer.

Interesante asimismo es el ensayo de Claudia Lucotti sobre la “comadre de Bath”, uno de los personajes femeninos más atrayentes de la Edad Media. Lo interesante se da por parte de Claudia, quien sin rechazar lo que ayer pensaba de este personaje sí lo modifica de acuerdo con lecturas y meditaciones posteriores. No dejó de atraerme

mucho la siguiente afirmación: que pese a su modo de explorar al personaje, Chaucer no es nuestro contemporáneo. En cada uno de los capítulos del libro se encontrarán ideas que necesariamente obligan a la meditación, como debe de suceder en toda actividad crítica digna de atención.

El texto que Argentina Rodríguez dedica al *Orlando* de Virginia Woolf examina dicha novela a partir de lo que ha sido centro de interés constante: el cambio de sexo del personaje central, que ha servido de base a variadas propuestas de explicación. Con mucho acierto Argentina hace ver que la novela permite un tránsito por la historia de Inglaterra desde el siglo XVI hasta octubre de 1928, tránsito durante el cual se dan cambios en el modo de relacionar la literatura con la realidad, aprovechándose tal situación para estudiar otros ángulos de mira. Uno de ellos qué significa el cambio de sexo, lo cual me llevó a preguntarme si un aspecto de la otredad era el enfrentamiento que en su interior hace el personaje principal. ¿Es un mero cambio físico o éste viene a significar algo más?

El ensayo de Julia Constantino, dedicado a explicar las consecuencias culturales que en la Nueva España se dieron a causa de la interpretación lingüística, nos pone ante el hecho irrefutable de que quien interpreta sirve de puente entre dos otredades, lo cual lleva a pensar que lo mismo ocurre en el campo de la traducción. Así, el entendimiento entre dos lenguas, y por lo tanto entre dos civilizaciones o culturas, queda en manos de una tercera instancia que tiene la responsabilidad de ser neutra, la cual no es una tarea fácil.

El capítulo escrito por Gabriel Weisz se titula “Objetos del deseo” y tiene como base una exploración de cómo en la estructura social se da una política represora de lo que es nuestro cuerpo del deseo. Esto significa una disminución grave de nuestra libertad social. Pero existe otro peligro: el de utilizar la otredad como diversión folclórica. Es decir, transformar la vida cotidiana de cualquier grupo étnico en motivo de curiosidad turística, sin darse en la mayoría de nosotros la gentileza de reconocerle su valor social. Esto me lleva a uno de los capítulos finales, el de Marina Anguiano, donde se examinan los ritos de paso en la cultura huichol. Aquí tenemos un ejemplo sólido del respeto con que deben abordarse estos campos de estudio. Y ese respeto viene de la necesidad, de la obligatoriedad, de comprender lo ajeno.

De hecho, los catorce ensayos que componen el libro tienen como base común ese respeto. Se estudie una etapa histórica o se analice una cultura contemporánea, lo importante es llegar al interior de lo que por alguna razón nos ha atraído. Consecuencia de esto, o una consecuencia de esto, es que muchos son los puntos de interés ofrecidos y que no se pide del lector la obligación de respetar el orden dado al material, puesto que se deduce como estructura primaria un tendido digamos histórico. Tendido en el cual no se da papel conductor al análisis literario del material y sí a los aspectos sociales de la obra examinada. Vuelvo al ensayo de Marina Anguiano, cuyo título es “Ritos de paso y curación infantil en la cultura huichol”. Es un estudio antropológico que se dedica a explicar lo que el título anuncia. Se termina la lectura del texto con una sensación de que se siente en peligro a la cultura huichol y que se la

estudia por el valor que en sí tiene más también para preservarla del olvido. En la descripción que se hace de ritos y curaciones está implícito el respeto que se tiene por esa otredad.

Cuando Antonio Guerra Arias estudia la presencia de lo indígena en la Mixteca Baja, es claro en especificar por qué lo hace. Para “entender distintas formas de representación, percepción y conocimiento ajenas a nuestra cultura occidental”. Todo adquiere transparencia entonces: hay una otredad que no es necesario comprender y que hemos de comprender desde nuestro punto de vista occidental, en el cual fuimos educados. Entonces me sucede que este ensayo y el de Julia Constantino se me unen de la siguiente manera: ambos me llevan a deducir y aceptar que el conocimiento del otro amplía el conocimiento que de mí mismo tengo.

Entonces vuelvo a examinar el libro y lo encuentro abundante en ese propósito de comprender al otro en sus variadas expresiones. Cuando Velebita Koricancik aborda el tema de la medusa en cuatro autoras, lo hace con varios propósitos, siendo el principal averiguar qué explicación le da cada una de las cuatro poetas occidentales elegidas. De esta manera, se parte del mito clásico y se lo transforma según la necesidad de dar una imagen de la mujer adaptada a la visión de cada escritora. Un buen trabajo de literatura comparada enriquece el proceso. Aprender a mirar lo ajeno, sea en el mundo real, sea en el de la literatura, es algo que este libro nos refuerza. Pienso que es una aportación mayor.

Federico PATÁN